





PLANETA

JUVENIL

# MONTAÑAS AZULES

JULIANA GÓMEZ NIETO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
Ilustración de portada: Shutterstock

© Juliana Gómez Nieto, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6022-2

ISBN 10: 958-42-6022-7

Primera impresión: agosto de 2017

Segunda impresión: febrero de 2018

Tercera impresión: enero de 2019

Cuarta impresión: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## JULIANA GÓMEZ NIETO (biografía)

Nació en 1990, en Calarcá, Quindío. Es Licenciada en Comunicación Social con orientación en Periodismo egresada de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Publicó la novela *Montañas azules*, Malisia editorial, La Plata, en junio del 2016, sobre el terremoto de 1999 en el Eje Cafetero. Ha participado en publicaciones de poesía, impresas y digitales en Colombia, Argentina y España: Ojo de Tigre, Besos de sal, La torre de Montaigne y Literariedad. Actualmente trabaja en el ciclo pedagógico del Encuentro Nacional de Escritores Luis Vidales, en Calarcá, donde brinda talleres de crónica a los jóvenes de los colegios públicos de la región.



# ÍNDICE

1.....	9
2.....	15
3.....	25
4.....	31
5.....	43
6.....	47
7.....	53
8.....	61
9.....	69
10.....	73
11.....	79
12.....	85





# 1

Margarita se levantó a las cuatro y media de la mañana. Como todos los días, puso la olla cargada de maíz en el fogón. Tomó los primeros tragos de aguapanela y encendió la radio. Sonaba una canción del Caballero Gaucho, que tarareó mientras barría la cocina. Cuando el agua comenzó a hervir, revolvió el maíz con la cuchara de palo para que no se pegara, como le había enseñado su madre y a ella, su abuela. La canción le recordó la época en que llegaron a La Tebaida con su mamá y sus hermanos. Cuatro cabras y cinco gallinas fue lo único que alcanzaron a traer luego de que un primo matara a su padre que simpatizaba con los liberales siendo parte de una familia de conservadores. Margarita lo encontró agonizando, ella venía de la escuela cuando vio el caballo atado afuera de la cantina. Adentro, él estaba tirado boca abajo con una herida en la espalda.

—Corra y dígale a su mamá que fue Ancízar, mijita.

Cuando Margarita llegó a la finca llorando y con la ropa manchada de sangre, su madre ya sabía que era

viuda. Con los pocos ahorros que tenían guardados debajo del colchón, compraron los pasajes de tren que iba desde Cali hasta La Tebaida. Llegaron negros por el carbón. Margarita había llorado todo el camino por tener que dejar a su mula Almendra. Cerraba los ojos y recordaba a su padre montado en su caballo, arriando el ganado, con un cigarrillo en la boca y con la cajetilla de President en el bolsillo. Alba solo lloró el día del funeral. En adelante se quedó pasmada, nunca más se quejó, tampoco volvió a reír: parecía la estatua de una virgen de pueblo.

En la estación del ferrocarril los recibió Gerardo, el hermano mayor de Alba, un tío que Margarita no conocía, porque se había ido a probar suerte al Eje Cafetero antes de que ella naciera.

La voz del locutor la trajo al presente. Desde la ventana de la cocina vio el cielo despejado y eso la tranquilizó, pues la venta de mazamorra se jodía los días de lluvia. Sacó las papas de un costal y se dedicó a pelarlas mientras sonaba un bambuco. Pelaba papas desde su primer trabajo en la casa de los Zuluaga. Tenía solo diez años y la subían en un taburete para que alcanzara el lavaplatos. Sin que nadie la viera, guardaba la cáscara para freírla en su casa y darles de comer a sus hermanos.

Menstruaba y se sentía triste. Llevaba desde los quince con Rubén y no había podido concebir. Cuando el agua de

la olla comenzó a regarse, le bajó el fuego y con la misma cuchara de palo sacó unos granos, aún estaban duros.

Todavía estaba oscuro cuando Rubén apareció en la cocina desperezándose sin camisa. Era un joven moreno y de ojos miel, tenía las marcas de quien ha trabajado en el campo: los pectorales marcados y los brazos fuertes.

—Buen día, hija.

—Quiubo, papi.

—¿Ya estuvo ese maíz?

—Le falta. Hoy no llueve.

—Mi Dios la oiga.

Margarita le pasó la taza de café. Pensó, mientras lo observaba, si algún día él se cansaría de que ella no quedara embarazada. No porque se lo hubiera insinuado, sino por lo que le había dicho la vecina el otro día, que la mujer estaba para parir y estar en la cocina.

En el momento en que el sol despuntó, sonó el himno nacional. Bajaron entre los dos la olla del fogón y separaron el maíz, una parte para la mazamorra y otra para las arepas; Rubén se fue a bañar mientras Margarita las asaba. A las seis y media se despidió con un beso en la boca y un abrazo breve. Ella deseó que se prolongara.

Montaron la olla en un triciclo y él se fue pedaleando sonriente, como todas las mañanas en las que no se asomaba por el horizonte ningún aguacero.

Margarita se acostó de nuevo. Se levantó tres horas después sobresaltada, nunca dormía tanto. Puso los fríjoles para el almuerzo. Lavó la ropa que había dejado en remojo y la tendió en un alambre a la entrada de la casa, pues no tenían patio, solo la pieza y la cocina de concreto.

Cuando Rubén volvió al mediodía seguía sonriendo.

—Hoy vendimos todo, hija, y mañana hay que hacer el doble de maíz porque le llega visita a doña Cecilia.

—¿Sí será verdad?

—No sea así, Márgara, vea que ya me dio un adelanto.

—Amanecerá y veremos.

Comieron fríjoles con arroz, patacón y carne molida. Al terminar de tomar el jugo de guayaba, Rubén eructó.

—Muy rico, mi Dios le pague.

—De nada.

—¿Qué ha pensado de lo del colegio?

—No sé, que ya estoy muy vieja para estudiar.

—Eso sí son maricadas, ¿acaso es que va a ir a estudiar con culicagados?

—Pero es que hay muchas cosas pa' hacer en la casa.

—Pero si lo que usted siempre quiso fue estudiar.

—A duras penas aprendí a leer y escribir. Me da vergüenza.

—Pero si uno va a la escuela es a aprender.

—¿Entonces por qué no va usted?

—Porque yo tengo que trabajar, hija, pero si pudiera entraría a la universidad a estudiar para mecánico.

—Ay, Rubén, eso son fantasías. ¿Cuál universidad? Si casi no juntamos ni lo del arriendo.

—Hemos tenido mejores épocas.

—Yo más bien quiero estudiar para modista, por lo menos eso me daría algo de platica, aunque habría que invertir en la máquina.

—No es mala idea, pero el colegio es gratis. Piénselo.

Margarita estaba agotada de la misma conversación. En realidad sí quería ir a estudiar, pero sentía que la prioridad era ser mamá o eso era lo que le habían dicho siempre: la única manera de realizarse era teniendo hijos. Pero no se atrevía a tocar el tema con su marido por miedo a que la abandonara. Se levantó de la mesa y empezó a lavar los platos.

Rubén se tiró en la cama y se puso la camisa en la cara. Casi al instante se durmió. Estaba caminando por la montaña, un perro criollo lo siguió hasta llegar al río en donde se sentó a pescar. Fue tan fuerte el sacudón que se emocionó, pero cuando sacó la caña del agua lo que había era una cabeza humana. Lo despertaron los gritos de Margarita.

Se lo tomó con calma, temblores siempre hubo desde que era niño y nunca pasaba nada; además, sabía que Margarita les tenía pánico.

Entredormido se paró y cuando fue a cruzar la puerta, una pared le cayó encima. Quedó atrapado, acurrucado, tenía el pie derecho bajo el concreto. Le tomó unos minutos entender qué había sucedido. Intentó moverse pero el dolor se hizo intenso. Pensó en Margarita y comenzó a llamarla sin escuchar respuesta. No estaba seguro de que pudiera oírlo, trató de alzar la pared que tenía encima, pero era imposible. Su mujer podría estar en la misma situación que él, del otro lado de la puerta. Si no venía a auxiliarlo era porque también estaba atrapada. Usó en vano todas sus fuerzas para tratar de mover el muro. Permaneció en silencio, sintiendo el aire que entraba por su nariz. Estaba vivo y había esperanza. Pero al pensar en su mujer se desesperó.

—Márgara, mi vida, ¿está bien? Respóndame, por favor.

Solo escuchaba el eco de su voz y este efecto lo hizo sentir aislado. Lloró en silencio. Pasó horas sumido en rezos. Cada tanto la tierra se sacudía levemente. Recordó que de niño le gustaba tirarse en el piso cuando temblaba para escuchar ese mismo sonido que ahora le causaba angustia. Había perdido la conciencia por un tiempo, se quedó profundamente dormido. Cuando despertó, pensó que pronto vendrían a ayudarlos. Le dio vergüenza que lo encontraran *miado*.

## 2

**E**l aroma del café la despertó. Escuchó pasar al vendedor de huevos por la esquina de su casa, construida sobre una pendiente frente a las montañas azules. Cruzó el amplio corredor de madera que su madre semanalmente enceraba y que ella brillaba patinando sobre un trapo viejo hasta llegar al patio de tierra, donde su abuela cultivaba margaritas, hortensias y heliconias. En el centro había un árbol vigoroso, al cual iban las ardillas silvestres a roer los mejores frutos que terminaban podridos en el suelo. El lugar olía a una mezcla entre mango maduro y mierda de gallina. Ángela desenterraba lombrices, las partía y las mezclaba con el pigmento violeta de la maleza, para darle de comer a sus muñecas. Cada tanto, miraba la cordillera con ilusión, porque esa era la ruta que llevaba a Bogotá, lo que para ella significaba «donde vive la gente de la televisión».

Cuando se acercaba la hora del almuerzo empezaba su sufrimiento, sabía por experiencia que si no comía no podía seguir jugando. Tragaba casi sin masticar los

granos y cuando era sopa, dejaba que se enfriara para tragarla conteniendo la respiración. Toda la atención estaba puesta en que comiera, salvo que, como ese día, inesperadamente llegara una visita. Nelly era una señora de voz dulce que Ángela había visto pocas veces, pero debía saludarla con un beso en la mejilla. Las cuatro mujeres se sentaron en la mesa a comer, mientras que Fabián, el tío menor de Ángela, acostado en su cama, escuchaba por radio a los futbolistas argentinos contratados por el Deportes Quindío.

Sandra era de contextura delgada, tenía la piel tersa y el pelo corto. Miró el reloj en su muñeca: marcaba la una del mediodía.

—Me disculparé, Nelly, pero me tengo que ir porque me cierran el banco.

—Pero si nunca nos vemos, quédese otro ratico y arrancamos juntas.

La abuela volvió de la cocina con el café y lanzó una mirada acusadora a la niña que solo se había comido las tajadas de plátano. Cuando Ángela abrió la boca, sintieron una extraña vibración bajo sus pies, llegó hasta la mesa, hizo que se chocaran las tazas y luego aumentó hasta convertirse en un rugido que sacudió toda la casa. Sandra extendió la mano a su hija pasándola por encima de la mesa. Desde la habitación salió Fabián con el radio en la mano, gritando. Corrieron hasta el patio, junto



al árbol firmemente enraizado en medio del movimiento, y desde allí vieron la imponente cordillera moverse ondulante. Las montañas bailaban y Ángela sintió una euforia, que fue creciendo, cuando notó que ellos mismos estaban saltando, tomados de la mano, formando un círculo.

El movimiento se fue aplacando y las montañas volvieron a su sitio. Se miraron y comenzaron a reír con ganas, desde las entrañas. En silencio, con los cuerpos aún temblando, atravesaron la casa. Al pasar por el comedor vieron la mesa destrozada y las lentejas en el piso. Ángela se alegró de su buena suerte. Cruzaron el corredor en fila camino a la puerta. Fabián iba adelante, atento a las paredes agrietadas, y las cuatro mujeres apartaban del camino los pedazos de porcelana rota. Cuando abrieron la puerta se encontraron con la casa de enfrente sin fachada; bajo una mesa estaba Martha con sus dos hijos abrazados. Al lado, la casa de Rosita y todas las de la cuadra se habían caído una sobre otra en efecto dominó.

Antes de poder auxiliar a los vecinos, una nueva vibración los envolvió. Corrieron hacia el centro de la calle por miedo a que la casa se les viniera encima. Ángela miró la cordillera para ver la hermosa danza, pero ya no era igual. Aunque las montañas seguían meciéndose, el aullar de los perros y el rostro de pánico de la gente le hicieron sentir una intensa opresión en el pecho, como cuando jugaba con sus primas y ellas la encerraron en el baúl del abuelo.

La sacudida fue una intensa y breve descarga eléctrica que los dejó desorientados. Cuando se preguntaron por Nelly, la vieron correr a lo lejos.

Sandra entró y agarró el teléfono, al escuchar la voz de César, el alma le volvió al cuerpo.

—Mijo, gracias a Dios me pude comunicar. Acá estamos bien.

—Aló.

—¿No me escucha?

—Aló.

—César, estamos bien.

—Aló.

Marcó de nuevo, pero la línea estaba muerta.

Sandra emprendió, junto con su hija, la caminata hacia la Plaza de Bolívar en búsqueda de un teléfono para llamar a su hijo mayor y a Alfonso, su exmarido. Guardaba la esperanza de poder comunicarse esta vez.

A medida que avanzaban por las calles se arrepintió de no haber dejado a Ángela, pero esta se le había pegado al brazo como una garrapata y no había podido vencerla de que se quedara. La niña tenía los ojos muy abiertos y pensaba que por las calles había pasado una estampida de gigantes furiosos, aunque no entendía por qué habían decidido atacar a su pueblo.

Cuando la mujer y la niña llegaron a la Plaza de Bolívar y vieron destruido el campanario de la iglesia San

José, Sandra se echó la bendición, y Ángela, al escuchar a la gente decir que era *el Apocalipsis*, pensó que estaban viviendo el fin del mundo.

Sandra intentó llamar por cada uno de los tres teléfonos de la plaza. Como ninguno funcionaba buscó el rostro de algún conocido del papá de su hija. Se sentaron sobre un muro de concreto que bordeaba el parque. La multitud de personas que iba y venía le recordó a la niña las fiestas del pueblo. Aguardaron, esperando alguna noticia de Alfonso, quien solía, como la mayoría de los pensionados, pasar la tarde en las cafeterías conversando con los amigos de su infancia, señores canosos y arrugados que contaban historias de antaño. Pero no vieron a ninguno.

Ángela estaba atenta al cielo por si aparecía alguno de los cuatro jinetes, cuando escuchó decir a una mujer que se perdió entre la multitud:

—Me pareció ver a Alfonso en la morgue.

Se miraron sin decir palabra; la niña sintió que un hueco se abría en su estómago y se la tragaba. Sandra la tomó de la mano y apuró el paso en dirección a la morgue. En el camino escucharon que la galería se había caído y que había muertos regados a cada metro.

Hasta ese momento Ángela no sabía de qué se trataba la muerte; la única vez que la había vivido de cerca fue cuando velaron al hermano de su abuela, el tío Jaime, un campesino cafetero beato, al que le decían «el Loco»